

DESEMPOLVANDO ILUSIONES

Para el Dr. Eduardo Uribe, con cariño.

Siempre me había interesado mucho la figura de aquel viejo: alta, cenceña, que se movía con elegancia y agilidad a pesar de sus ochenta años. Me gustaba contemplar su rostro completamente afeitado, con perfil de antigua medalla romana, coronado por una cabellera blanca y abundante, metido en alto cuello, entre cuya blancura se destacaba el gran lazo negro de la corbata de raso. A mí me parecía un retrato desprendido de uno de los lienzos que colgaban en las paredes de su sala, tanto se asemejaba a sus antepasados, nobles y honrados viejos por cuyas venas corría sangre hidalga. Yo le decía que con su figura habría hecho un abate encantador del siglo XVIII y gozaba imaginándolo con la levita de amplios faldones, con tricornio, calzones hasta la rodilla, zapatos escotados adornados con hebilla de plata y haciendo sus gestos elegantes con sus manos pálidas que salieran de anchas mangas que tuviesen vueltas de encaje blanco en los puños.

Sobre él había tejido yo multitud de historias, muchas de ellas amorosas. Mi fantasía, como una hada de los tiempos dorados, lo tocaba con su varita mágica, y el viejo señor B. volvía a ser un bello muchacho adorado por las mujeres.

—Que he sido un hombre afortunado en amores? Ah! hija mía! Qué lejos se han ido los buenos tiempos de la juventud! —Y el anciano, apoyando la cabeza en el respaldo de su sillón, cerró los ojos como para ver en su interior.

—Venga acá, mi hija —dijo levantándose y llevándome delante de su mesa. Abrió una gaveta y en el fondo de ella, vi unos papeles amarillentos, muy doblados.

—Aquí tiene mi más encantadora historia de amor, aquella cuya memoria más amo.—

Desdoblólos lentamente y con devoción. Su rostro estaba conmovido por una expresión de ternura. Al extender las hojas sentí un olor vago, suave. Lo reconocí: el olor que para mí tiene el recuerdo.

—Hace algunos meses —murmuró— registraba en la biblioteca y tropecé con un viejo libro que era como mi breviario cuando yo era un muchacho de dieciocho. Un dulce poema... Claro, cuando el corazón es joven busca alimento solamente en las páginas que destilan amor. Pues bien, dentro de él hallé esta carta... Le ayudaré a leerla... está escrita con letra algo torpe y con ortografía irreverente, pero eso no le impedirá saborear el sentimiento que movía la pequeña mano que la escribió.

Leímos:

"Andrés, mi querido hermano Andrés: Cuántos días hace que no estás con nosotros! No he sabido todo lo que te quiero hasta que no te has marchado. La casa me parece fría, inmensa y no tengo ojos para ver a los que quedaron sino para mirar el vacío que has dejado. Mi madre me regaña a cada rato pues dice que nada hago como se debe. La costura no adelanta porque a medio hacer el hilván, me quedo pensando que te has ido tan lejos y que quien sabe cuándo volverás.

El maestro vino una noche, pero no pudo darme la lección, porque me puse a llorar. Y quieres creer, Andrés? El pobre viejecito al verme llorar, inclinó su cabeza y lloró conmigo.

Te pintaré la escena: Abrimos la Biblia y elegimos el libro de Ruth que a tí te gusta tanto. Yo comencé a leer el capítulo II: "Y Ruth la Moabita dijo a Noemi..." No pude continuar... Recordé las épocas de la cosecha del maíz cuando íbamos a llevar un cántaro de agua fresca a los peones y yo me ponía a ayudarles, y entonces tú me llamabas Ruth la Moabita... Después levanté mis ojos para mirar tu asiento y el de tu hermanito Juan. Qué vacíos estaban, Santo Dios!

Olvidarás tú alguna vez las noches de lección? La gran cocina, tú, el maestro, Juan y yo en torno a la mesa; mi madre trabajando afanosa, tu tía Elisa desmotando algodón en una esquina y el tío Jacinto sentado en su taburete mirándonos sonriente. No sé por qué

recordé enternecida, cómo el fuego hacía pasar relámpagos sobre la cabecita dorada de Juan, y sentí un deseo inmenso de tenerla allí cerca para besarla y pasarle mis manos. No pude disimular mi pena y comencé a llorar . . . El maestro miró largamente los asientos vacíos y lloró también, y mi madre que estaba allí cerca haciendo el pan, también, y el tío Jacinto también y *Chumeca* llegóse hasta mí moviendo la cola, me lamió las manos y sus ojos me parecieron muy tristes. Debías haberte llevado a Chumeca, Andrés; el pobre perro se va a morir de pena. Ah! estos asientos vacíos que para mí lo estarán siempre aun cuando en ellos se sienten los reyes de España en persona!

Todos los días arreglo tu cuarto y pongo flores nuevas. Todavía encuentro cuando voy a la montaña con hermano Lupe, tricopileas florecidas. Así, el vaso de tu mesa aun se adorna con tu flor predilecta y al entrar se siente su olor . . . ese olor que siempre me hace suspirar porque pienso en tí que ya no estás conmigo. Muchas noches me recojo en tu cuarto sin que me sientan. Voy a hacer compañía a tu violín que ha quedado tan solo. Pobre amigo tuyo y cuánta falta le has hecho! No le perdono a tu padre que te prohibiera llevarlo contigo . . . Cuántas músicas dulces duermen en sus cuerdas lo mismo que duermen en mi boca las risas y los cantos desde que tú partiste! Si tú volvieras, sería para tu violín y para mí, como si el sol saliese: músicas, risas y cantos temblarían en el aire y lo llenarían todo! Pobre Lucía y pobre violín que se han quedado sin la mano que hacía brotar de ellos la música que encerraban sus almas.

Sabes en qué pienso cuando veo tu violín? En un muertecito acostado en su ataúd negro. Yo lo acaricio y le cuento que me estoy muriendo de dolor porque tú te has ido. Figúrate que la otra noche, cuando entré, había un rayo de luna muy delgado que se metía por una rendija y pasaba oblicuamente sobre las cuerdas. Sabes qué parecía? Un arco de plata que una mano invisible sostuviera sobre las cuerdas para hacerlas cantar. Más tarde, soñé que el arco de plata arrancaba de tu violín unas músicas muy tristes, pero que llenaban el corazón de felicidad, y yo veía esas músicas brotar bajo el arco como hilos finísimos de seda que subían y subían y se iban a prender en las estrellas.

Ya te debo tener aburrido, Andrés, pero has de creer? no quiero decirte adiós todavía. Espera, deseo estar otro ratito conversando contigo.

Tu yegua alazana ya tiene cría. Vieras que monada de potranquillo! no te enojas, pero tiene un modo de sacudir la cabeza y echar hacia atrás el mechón de crin que le cae sobre los ojos muy parecido al que tu haces cuando porque algo te incomoda echas atrás el tuyo. Muy a menudo voy a molestarlo, sólo por verlo hacer este movimiento.

Mira, las tortolitas que venfan a comerse la sal que dejan las vacas en el patio, todavía vienen. Esta mañana las he estado viendo ir y venir moviendo sus pequeñas patas rosadas. Siempre el macho es más egoísta! Sólo él quiere comer... Yo recordé como te enojaba eso!

He ido varias veces al pueblo y he regresado por la calle de la escuela. El otro día me detuve a mirar por la ventana. Ay! Andrés! Allí está el banco en que nos sentamos cuando éramos muy chiquillos. Han pasado ya varios años y ahora dicen que yo soy una mujer y tu un hombre. Pero verdad que no somos viejos? Tu tienes dieciocho y yo dieciséis. Mientras marchaba por ese camino que hemos recorrido juntos tantas veces y que desde que tú te fuiste, me parece un adiós muy largo, muy largo, he vuelto los ojos a esa época, en que no éramos más grandes que tu hermano Juan y he creído vernos venir por ese camino, hacia la escuela: tú con los calzones por la rodilla, el sombrero metido hasta las orejas y la alforja con el almuerzo a la espalda. En los días de lluvia, te quitabas las botas y me obligabas a calzármelas para que no me llenara los pies de barro, "Achará tus piecitos tan blancos que se hundan en ese barro tan negro!" decías... Y tú quedabas descalzo! Ay! Andrés, cuánto te quiero!

Los chiquillos de los Serrano son los que ahora se sientan en nuestro banco. Yo pedí al maestro permiso de entrar para sentarme en él: todavía en una esquina están nuestros nombres que grabaste con la cuchillita que te regaló el tío Jacinto una vez. Por la ventana abierta, el bosque de conchudos y lentiscos bajo los cuales jugamos tanto! Pensé en lo mucho que te gustan los conchudos, de los que dices que son los árboles más bellos que conoces, "con su follaje

crespo, sus ramas que se extienden con una armonía tan descuidada y sus troncos admirables." Ves como recuerdo tus palabras? Cuánto nos distraíamos mirando desde la sala, el bosque, oyendo cantar los jilgueros y mirando ir y venir aquellas abejas de jicote barcino, cuya miel olía a flores de jaral y que tenían su panal en el árbol más grande. Los chiquillos de ahora también se distraen, y el viejo maestro da puñetazos terribles en la mesa como en nuestro tiempo. Figúrate que iba a poner de rodillas al hijo de Juan Pedro el del Roble, porque en vez de deletrear en el cartelón, hacía muecas siguiendo los brincos de una ardilla que jugaba entre las ramas de los árboles del bosque. Yo dije al maestro: "Mire Ud. mi señor maestro Roque, no lo castigue, que es más divertido estar mirando esa ardilla, que los cartelones con sus letrotas negras. Andrés y yo hacíamos igualito." Al oír tu nombre el buen viejo se conmovió y el hijo de Juan Pedro no fué castigado.

Pronto termino, Andrés, otras líneas y ya no más. Te quiero decir de los yigüirros: Ya no cesan de cantar en las tardes; se pone el sol y ellos como si tal cosa, con su canto tan quejumbroso y largo que se me mete en el alma lo mismo que una tristeza. El invierno se acerca, ellos son sus heraldos y a mí me agarra una angustia al pensar en el inmenso sonido de la lluvia, y en las tardes en que sólo se ve el cielo negro como a través de un enrejado finísimo y cristalino! Yo soy hija del sol, Andrés, amo los días radiantes en los que el cielo es azul y cantan las cigarras!

Esta tarde, antes de escribirte me fui a la troje, para pensar en ti y que nadie me interrumpiera. Desde allí veía el roble que está cerca de la tranquera, bajo el cual te ibas a leer en los mediodías. El sol se puso y comenzaron a salir las estrellas y a través de las hojas del roble, vi brillar aquella tan luminosa que tú me decías se llama la Cabra que va con sus tres cabritos, tres estrellitas chirrisquíticas... Pues bien, a mí me parecía que estaba entre el árbol y como es tan inquieta y además el viento movía las hojas, yo imaginaba que era un pájaro de oro y plata que brincaba entre las ramas. Allí, mirando esa estrella y pensando en ti, me estuve hasta que sentí a mi madre llamarme.

Cuándo volverás? Ya sé que te irás al extranjero, muy lejos, del otro lado del gran mar. Ay! virgen mía del Carmen, quisiera morir!

Hoy he deshojado una margarita. Volverá? No volverá? Ay! Andrés, y me dijo que no... Pero yo no hago caso. Verdad que no debo sufrir por lo que me contestó la margarita?

Adios.

LUCIA."

Yo no me atrevía a interrumpir el silencio ni a levantar la cabeza.

Al cabo de un rato, el viejo posó una mano en mi hombro.

—Qué dice usted, hija mía?

—Y bien señor B? ...

—Pues bien, no volví más. Su margarita fue para ella una verdadera zahorí. Mi padre me envió al extranjero, en donde estuve muchos años. Cuando regresé, la vida de la ciudad me robaba todo el tiempo, después me casé. Qué quiere usted? La esposa, los hijos... y qué se yo! Las más de las veces el corazón humano es demasiado grosero para comprender las delicadezas que le salen al paso. No tiene ojos sino para lo que brilla con brillo deslumbrador y sin saberlo aplasta la florecita que adorna el sendero por donde transita... Déjeme usted hacer mía aquella frase que leí no sé dónde y que nunca he olvidado: "Luz de fuego fatuo cegó mis ojos, y pasé junto a mi dicha y la pisoteé sin conocerla".

Dios me perdone, pero no volví! ...

—Y cómo la conoció usted?

—Su padre era mandador de una hacienda nuestra en la que vivimos hasta que yo tuve dieciocho años. Juntos crecimos, juntos aprendimos a leer y juntos supimos como se ama.

—Por qué no volvió usted? Ah, señor B., fue cruel ...

—Sí, es verdad. Oiga usted: cuando se empeñan en cultivar mucho la cabeza, a menudo el corazón pierde la memoria. Mientras las manos de secos y viejos maestros andan afanadas podando, cortando y rastrillando en lo que ellos llaman inteligencia, haciéndolo apto a uno para ir por esta vida tirada a cordel y empedrada de conveniencias, el matorral se apodera del corazón, y ahoga la simiente de dulces florecillas que la juventud desinteresada, al pasar como una golondri-

ma, dejó en él. Quiere usted saber qué ha sido de aquel pedacito de ideal que la vida puso en mi camino y que se llamó Lucía?

—Era muy linda? —pregunté interrumpiéndolo.

—¡Linda! Tal vez no, pero era una encantadora criatura que tenía una voz y unos ojos de seda. Siempre que la recuerdo, la veo muy pequeña, cogida confiadamente de mi mano, con su cabello oscuro y corto cayéndole alborotado sobre la nuca; el vestido hasta la rodilla, el delantalcito azul y los pequeños pies desnudos, blancos . . . Yo no podía mirarlos hundirse en el barro del camino. Era para mí como si una pareja de palomas albas se mancharan sus alas immaculadas.

Lo que ha sido de ella, oígalo usted: Hará unos tres meses que hallé esa carta entre el libro del poema. Me puse a llorar. Muchos años hacía que el recuerdo de la muchachita que tanto me quiso, dormía en el fondo de mi corazón, pero despertó vivo y fresco como si hubiera sido el día anterior cuando la dejé. Allí estaba frente a mí con sus ojos pardos más suaves que los de las palomas, deshojando la margarita simbólica y murmurando: "Volverá" "No volverá".

Yo tenía noticia de que mi padre había vendido la finca al padre de Lucía, pero nada más. Me indagué y supe que ahora un hijo era el dueño de ella y que en ella vivía con sus hijos y sus nietos.

Partí. Llegué al anochecer: una parte del caserón había sido derribada, pero el ala derecha aún queda en pie. Allí está todavía el roble y a través de su follaje brillaba con su luz inquieta la estrella de la cual Lucía me hablaba en su carta, y siempre . . . —como si no hubieran pasado todos los años que han entorpecido mis miembros y llenado de canas mi cabeza— la estrella de Lucía, conservaba su brillo infantil y parecía, como ella dijo, un pájaro de oro y plata que saltara entre las ramas.

En torno de la casa reinaba una paz inmensa. En el palomar se arrullaban las palomas y allí cerca, en la fuente, parecía que muchas voces, graves unas, argentinas otras, voces de viejos de jóvenes y de niños, murmuraban algo infinitamente melancólico. Por las ventanas de la derecha salían bandas de una luz tranquila que iban a formar en el suelo del patio manchas brillantes.

Entreabrí la puerta discretamente. Ah! la misma sala que recorrí tantas veces de niño y de joven, olorosa a cedro con sus

grandes bancos de madera su arcón y su mesa fabricados por mi abuelo. Sobre la mesa una pequeña lámpara de sombra blanca que llevaba por todos lados su luz suave y amorosa. Al mirar aquella lámpara y la luz apacible que proyectaba, pensé en una amable anciana de cabellos blancos que lo fuera tocando todo con sus manos pálidas de abuelita cariñosa.

Una tosecilla discreta atrajo mi mirada hacia un rincón de la sala. Ah! Pero si allí estaba la anciana que creara mi imaginación al mirar la lámpara que iluminaba la habitación con su brillo níveo. Sentada en una silla baja, una viejecita encorvada, blanca toda ella, cabellera blanca, el rostro y las manos de una palidez de luna, envuelta en un ropón claro, desmotaba algodón. Era una escena blanca: nunca había visto nada igual a aquella anciana tan blanca que desmotaba su copo de algodón tan blanco a la blanca luz de la humilde lámpara.

Me pareció soñar. El olor a cedro que me era muy familiar, seguía flotando en la sala tan querida y tanto olvidada.

Una niña entró por una puerta interior. Era un lindo pajarillo que se acercó brincando a la anciana.

—Tía Lucía, quiero el cuento de *la cucarachita mandinga*.

La pequeña se acurrucó a los pies de la blanca viejecilla.

“Pues bien, había una vez una cucarachita mandinga que estaba barriendo la puerta de su casita y se encontró *un cinco*.”

Así comenzó la voz de la anciana, voz temblorosa y apagada, pero que a mí me recordó otra voz de seda, juvenil y fresca, que un día deshojando por mí una margarita, decía: “Volverá, no volverá” . . .

No se había dado cuenta de mi presencia. Cerré con precaución y me alejé lentamente.

A lo lejos, desde una eminencia, volví la cabeza y pude ver todavía la luz apacible que salía por las ventanas y que alumbraba lo que restaba de aquello que una vez fue blanca ilusión de mi vida.

Después he sabido que Lucía nunca quiso casarse. Ella es la abuelita de los nietos de su hermano que la adoran.

Ahora uno de mis placeres es cerrar los ojos y soñar con la blanca viejecilla.

Así terminó el señor B. de contarme la historia de su más temprano y dulce amor.

1914